

# una Semana de teatro

Por JOSE  
MONLEON

FOTO ARCHIVO

## un estreno

En el Reina Victoria, un estreno a tono con la época: se trata de «Un ladrón en el tren», pieza policíaca de Leandro Navarro. Recojo aquí el dato siquiera porque corresponde a uno de los escasos teatros madrileños que siguen con las puertas abiertas. No creo que deba uno plantearse actitudes críticas ante una obra que se autodefine antes de alzarse el telón.

## un premio desierto

La tradición del Calderón, malísima en general, sigue imperturbable. Salvo la discutibilísima pero estimable «Cerca de las estrellas», ninguna obra premiada con el Calderón ha interesado al público. Durante años se siguió el régimen de premios divididos, con lo que se salvaba la obligación de estrenar. Otros, como el año de Joaquín Marrodán, se autorizó la obra en única sesión de cámara. Otros, como el de Gerardo Diego, se dio el premio, pero la pieza, por razón de su temática, no se estrenó, ya que es aconsejable moniarla en unas fechas determinadas y concretas.

Ahora, correspondiendo al último año, el Calderón se ha declarado desierto.

Es curioso que este premio oficial para autores noveles lleve años —salvo el caso, ya digo, de López Aranda— sin empujar a un solo autor nuevo, sin enriquecer la lista de dramaturgos prometedores. Y es el caso que, afortunadamente, durante los últimos tiempos, hasta media docena de autores españoles jóvenes se han abierto si no un camino, sí un crédito. Y es de esperar que con ellos se estructure el teatro español responsable del futuro.

¿Qué le pasa al Calderón? ¿Por qué no cumple su misión selectiva entre los que empiezan?

Se dice que la política de Premios no es eficaz. Cuesta creerlo, así, en abstracto. Más bien es que algo está fallando en la estructuración y bases de tantos premios. Ahí está, como caso ejemplar, el Valle Inclán, para probar que todo es un problema de planteamiento. Sin compensación económica, sin más ofrecimiento que el de su estreno en sesión de Cámara, Dido ha «lanzado» a Ricardo Rodríguez Bued y a Lauro Olmo. A sus dos convocatorias han correspondido dos autores interesantes y dos obras que han apasionado, en mayor o menor medida, «Un hombre duerme» y «La camisa».

Junto a eso, cuánto premio organizado más para publicidad del or-



ganizador que con el afán auténtico de ayudar al teatro, ¡cuánto texto premiado por Ayuntamientos, Diputaciones y entidades diversas sin más alcance que una noticia de prensa!

Una cosa he de decir en favor del Calderón de este año. He sabido que el nuevo director general de Cinematografía y Teatro quiso leer todas las obras preseleccionadas para considerar la decisión del jurado de declarar el premio desierto. Actitud encomiable que marca, por lo menos, una conciencia de cuanto significa dejar en blanco el premio oficial para los autores noveles.

Quizá es que resulte muy difícil enderezar de golpe lo que está ya viciado. En todo caso, con el mejor afán crítico, me atrevo a desear que en la anunciada revisión de problemas de nuestro cine y nuestro teatro entre también este de los premios, de tan escasa ayuda casi siempre para los autores que realmente hubieran merecido su asistencia.

## festivales

¿Qué pasa este año con los Festivales? Supongo que seguirán levantándose en numerosas plazas españolas. Supongo que las compañías seleccionadas seguirán con su jira irregular e incómoda de una parte a otra...

Sin embargo, la verdad es que de los Festivales se habla muy poco. Poquísimo. Es un teatro liberado de

crítica. No lleva consigo un frente de observación que permita registrar los avances y retrocesos, lo que se gana o pierde en los repertorios o en la calidad de las compañías y montajes.

De pronto, un día se lee que en tal lugar una compañía ha estrenado una obra que fue un gran éxito en Madrid. Los intérpretes ya son otros. Los decorados, por supuesto, se han acomodado a las exigencias del lugar y de los viajes sin fin. A los actores, desconocidos muchos de ellos, se les imaginaba cansados de tanto tumbos, con ganas de volver a coger unas cuantas semanas seguidas en una ciudad. ¡Qué pensar de muchas de estas representaciones si en Madrid, con frecuencia, alguna compañía de primerísimas figuras ofrece, a partir de la número treinta y tantas, representaciones lamentables, aburridas y supermecanizadas!

Sería importante para la eficacia y calidad de los Festivales, el que fueran materia a juzgar por la crítica teatral española. Que los actores y directores supieran que sus aciertos y sus abandonos pesan igual ante la concurrencia de cualquier pequeña ciudad que ante el público de Madrid o Barcelona.

Por lo menos, en unos cuantos Festivales esenciales, esta dimensión crítica no debería faltar. Tanto respecto al espectáculo como a las características sociales que concurren en él.

La falta de esta medida quizá nos explicaría el que en tantas ciudades los Festivales hayan pasado a ser un festejo más del programa en lugar de cubrir la misión educadora, estimulante y un tanto revolucionaria que les da su razón de ser. Su única razón de llegar a todos los públicos españoles.

## historias para ser contadas

Mi vinculación a «Primer Acto» me impide, por elementales razones de elegancia, comentar la aparición de cada uno de sus números. Quiero, sin embargo, destacar en esta ocasión la publicación de «Historias para ser contadas», la obra de Osvaldo Dragun estrenada por Suárez Radillo durante la última temporada. Se trata de un drama muy interesante dentro de los ensayos de teatro popular. El tema es amplio y no hay modo de adentrarse en él en unas pocas líneas. Sólo quiero señalar que «Historias para ser contadas» es por su estructura, por su sencillez y por las situaciones abordadas, algo infinitamente más considerable que una picecita menor de entretenimiento. Creo, en definitiva, que es un importante dato más a considerar en el permanente esfuerzo por crear un teatro en lengua española apoyado en bases distintas a las del teatro burgués de cada día...